



LA TRIBUNA

Comenzar a volar

**Miguel Ángel Núñez Paz**

Profesor titular en Derecho Penal y Criminología de la Universidad de Huelva

LEVO desde junio sin acercar mis pensamientos a las páginas de este querido periódico, y lo cierto es que no lo he hecho por falta de ganas, tampoco porque haya estado fuera o afanado, por trabajo o por vacaciones, ni por disponibilidad; la verdadera razón del alejamiento es voluntaria: la resistencia a escribir de algo manido (la crisis o el rescate), triste (el paro o la educación), banal (los éxitos deportivos o las vacaciones) o negativo e irreparable (la desaparición y muerte de Ruth y de José).

Al fin, hoy he decidido que merecía la pena robarles un minuto para recordar algo y preparar el comienzo del curso universitario, despidiéndome de los alumnos que se van de las aulas onubenses para adentrarse en el monstruo—ahora más que nunca—de la vida prelaboral o profesional, en el mejor de los casos.

Queridos alumnos: en primer lugar y de forma muy sincera, quiero pedirles disculpas a los que, aún después de haberme soportado a mí o a otros parecidos durante varios cursos, abandonáis el campus sonriendo mientras recogéis las últimas calificaciones, señal inequívoca de que al menos algo hermoso os lleváis de aquí.

Es una obligación dirigirme a vosotros extremadamente complacido, ya que cuando hace años comenzaba mi labor docente en la Universidad de Huelva confiaba en que el proyecto iniciado entonces discurriría por el camino del acierto pleno... No me equivocaba; a lo largo del tiempo, muchos de los alumnos que pisasteis las mismas aulas que yo habéis conseguido convencerme enteramente de ello.

Hoy no quiero ser estricto, por eso vestiré mi discurso de *docto sentimental*. Sólo robaré unos minutos el protagonismo a vuestro logro, que se disfruta en lo personal, en el silencio de la reflexión y la vista atrás, y después os lo retornaré, lo prometo, para que lo soportéis orgullosos el resto de vuestra vida. He de deciros que me ha



resultado verdaderamente grato que muchos me invitarais a participar de vuestra ceremonia de graduación, y digo bien, porque es vuestra; los responsables académicos y profesores sólo dan refrendo a un acto que es para vosotros y para vuestras familias, para cuantos han tenido que soportar los padecimientos formativos o los excesos personales y económicos de estos años.

Pero hay algo que no me resisto a compartir, y es que el último día de cada promoción es un tiempo especial y lleno de recuerdos para mí. Os miro hace años y comprendo entonces que tiene sentido mi vocación; significa que el ciclo por el que algunos pasamos sellando nuestra vida, y que

hemos tratado de transmitir a otros, tuvo sentido, y que la “*Universitas*, a pesar de las trabas, los inconvenientes o los recortes”, sigue fluyendo, sea donde sea, a través de quienes creemos y trabajamos en y por ella cada día, ya seamos profesores o alumnos.

No puedo olvidarme de que hace ya casi diez años que tomé posesión de mi titularidad en esta Universidad (la UHU irá conmigo siempre, como lo hará en vosotros desde ahora); porque el Campus que abandonáis ahora no significa sólo unos años de intelectualidad, historia, edificios o biblioteca. Es —sí— vuestra academia y vuestra formación; pero forma parte también —por qué no— de vuestra vida más íntima, de vuestros secretos, vuestros amigos, vuestros gozos y lágrimas, vuestra juventud, vuestras vivencias, vuestros retos o incluso vuestros besos, como formará parte de los míos durante toda mi vida.

Días atrás me encontraba agotado por muchas circunstancias, todas ellas nada gratas, la verdad, y no vienen al caso; dudé mucho si acudir a la ceremonia de graduación. Sin embargo, parte de estas palabras que hoy leéis se garabatearon en ese acto; escribía esto mientras miraba vuestros rostros, los de los padres, novios, hermanos, amigos ..., y entiendo que merece la pena y mucho haber ido a compartir con vosotros la celebración de “haber llegado”, de haberlo conseguido.

Resulta magnífico que la Universidad se vivifique un poco con caras de satisfacción, de alegría desbordada o aún contenida, frente a los muchos otros días que hemos tenido que vivir otras caras más mustias: entre dudas, apuntes o aguardando el momento de entrar a examinarse.

Termino recordándoos que no abandonáis la Universidad, sino que comenzáis hoy a ser una más de sus piedras, historia viva de esta academia que se reaviva con vuestra presencia como titulados de sus aulas.

Hace ya muchos años el rector Unamuno señalaba en mi vieja Universidad de Salamanca que “sólo hay dos legados durables que podemos dejar a nuestros hijos: el primero, raíces; el segundo, alas”. Las primeras las lleváis de aquí; ahora sólo os queda comenzar a volar.